

# La Obra Pontificia de la Infancia Misionera y los niños en el mundo

## XV Encuentro de Empleados y Voluntarios de OMP – Madrid 1 y 2 marzo 2018

Antes que nada, quiero decirles que estoy muy contenta de estar en este Encuentro con Vosotros. Agradezco mucho al P. Anastasio Gil por su amable invitación, agradezco a Mons. Francisco Perez y a los organizadores por la cordial acogida y a todos Vosotros que estáis aquí provenientes de tantas diócesis españolas. He visto el material de animación y formación que preparan y les agradezco porque está muy bien elaborado y un gracias también por la Jornada de la Infancia Misionera apenas llevada a cabo, que sé cuánto esfuerzo os cuesta y cuánto amor ponen en prepararla y realizarla. Me da mucho gusto porque en ella habéis subrayado los 175 años de fundación de la Infancia Misionera, y por último un gracias por este nuevo proyecto cuadrienal que parte del octubre 2019 y sigue en los años sucesivos.

¿Tenemos dentro de nosotros el frescor, la libertad y la alegría del Evangelio?

Para cualquier tipo de anuncio es necesario responder a esta pregunta, en particular cuando se trata del anuncio a los niños y adolescentes que presentan precisamente estas tres características.

"Le presentaban unos niños para que los tocara; pero los discípulos les reñían. Mas Jesús, al ver esto, se enfadó y les dijo: "Dejad que los niños vengan a mí, no se lo impidáis, porque de los que son como éstos es el Reino de Dios. Yo os aseguro: el que no reciba el Reino de Dios como niño, no entrará en él". Y abrazaba a los niños, y los bendecía poniendo las manos sobre ellos." (Evangelio según San Marcos 10, 13-16)

"En aquel momento se acercaron a Jesús los discípulos y le dijeron: "¿Quién es, pues, el mayor en el Reino de los Cielos?" El llamó a un niño, le puso en medio de ellos y dijo: "Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Así pues, quien se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos. Y el que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe". (Evangelio según San Mateo 18,1-5)

En estos dos pasajes los evangelistas ponen juntos al niño, a Dios y a la misión. En el primero, los niños son vistos como significantes, es decir de mucho valor. Jesús los presenta como destinatarios del Reino de Dios, como parte del Reino de Dios. En otros pasajes del Evangelio, Jesús indica a los niños como modelos para entrar en el Reino de Dios (Mc 10,15). No es tan simple comprender el preciso significado de las palabras de Jesús y qué significa recibir el Reino de Dios como un niño.

Los niños tienen una capacidad significativa de llamar Padre a Dios y de abrirse a los dones que Él nos da. Son receptivos a los dones y a las bendiciones del Señor. Si una actividad pastoral con los niños quiere ser fructuosa debe incidir y ayudar a desarrollar esta disponibilidad que los pone en sintonía con el Reino de Dios.

¿Qué quería decir Jesús cuando ha puesto a un niño al centro del grupo misionero de los discípulos? Lo ha hecho para reenfocar la atención de los discípulos sobre la naturaleza del Reino de Dios. Los niños representan un paradigma de vulnerabilidad que puede servir como un válido punto de partida para

transformar el modo de comprender el poder y el control. Los discípulos no estaban listos para entrar en el Reino, y el ser como un niño implicaba un cambio radical en su modo de pensar. Este cambio no significa que deban volver hacia atrás para ser simplemente niños. Ellos son adultos y deben pensar y actuar como adultos, ellos deben cambiar sus prioridades, sus orientaciones, sus presupuestos. Este pasaje de San Mateo debe ser leído con la idea que los discípulos, nosotros, deben ser simples, humildes y sinceros para poder entrar en el Reino de Dios.

Podemos decir que “desafío misionero” significa que cada uno tiene un papel, una misión, o mejor aún, cada uno es una misión.

Papa Francisco en el número 228 de la *Evangelii Gaudium* subraya que “La solidaridad, entendida en su sentido más hondo y desafiante, se convierte así en un modo de hacer la historia”.

Para nosotros los cristianos en el ejemplo de Jesús buen samaritano, la solidaridad asume la dimensión de la caridad de la cual habla San Pablo.

La Obra de la Infancia Misionera es una respuesta a estas palabras del Papa y precisamente este año celebramos 175 años de fundación, 175 años en los que esta Obra cumple con la misión de salvar a los niños con los niños. Y aquí nos referimos a la salvación de la que habla Jesús Cristo.

La dimensión misionera en la educación de los niños es primordial. En efecto, la misión inicia con los niños y hace que crezca en ellos un espíritu misionero que los acompañará por toda la vida.

El carácter misionero de los niños no funciona en un solo sentido, es circular, circulante, universal. **Por primera vez en la Iglesia los niños son sujetos activos de la evangelización, son protagonistas de la pastoral y en su simplicidad y humildad revelan su coraje y su creatividad.** Jesús dio un vuelco total poniendo en el centro a los niños como punto de partida y de llegada al Reino de Dios. Desde su fundación, la Obra de la Infancia Misionera ayuda a los niños, hoy en día miles, en sus necesidades materiales y sobre todo espirituales. Es bueno recordar que la tarea de la Infancia Misionera no es principalmente la ayuda económica. El fin último es la evangelización, tanto directa, a través de la Palabra como indirecta, con el testimonio de vida y de amor hacia el prójimo. Es más bien motivar a los niños y a los adolescentes que pertenecen a los grupos de la Infancia Misionera a contribuir a la salvación de sus coetáneos con la oración, la colecta y el testimonio de vida. Aunque el aspecto material es muy importante, no debemos ceder a la tentación de convertirnos en una institución de ayuda humanitaria. Y esto es válido para cualquier realidad eclesial. La espiritualidad misionera de cada cristiano no es el asistencialismo sino la evangelización, es decir la educación y la formación para el desarrollo de una responsabilidad personal y común. Lo que tenemos que considerar fundamental es el desarrollo integral de la persona, la vida en plenitud. Como dice Jesús “Yo he venido para que tengan la vida y para que la tengan en abundancia”. Nuestra ayuda tiende a hacer emerger y a redescubrir en cada uno la imagen y la semejanza a Dios.

Y como dice Papa Francisco “acercarse para tocar, para tomarlos de la mano y llevarlos a un lugar digno, haciéndolos caminar con sus propias piernas”. Esta es una síntesis óptima del desafío misionero que nos debería inspirar y guiar. Nuestra misión se concretiza en pequeños gestos cotidianos, en la oración a Dios, en los pensamientos de paz y de perdón, en los comportamientos y actitudes de fraternidad, en el juego, en el trabajo, en el estudio. La animación, la sensibilización y la formación tiene como resultado la cooperación y evitan el activismo que a menudo no posee raíces. Numerosos niños responden a las necesidades de otros niños simplemente porque son movidos por el amor que el Hijo de Dios, hecho

niño, ha manifestado en medio de nosotros. Todo tiene origen en el encuentro con Jesús. Si Jesús se convierte en un compañero de viaje y ocupa un puesto privilegiado en el corazón del niño, entonces sentirá la necesidad de compartir con los demás la alegría de este encuentro. Los niños aprenden a compartir a través de la oración y la caridad. A menudo se dice que los niños son el futuro pero en realidad son el presente que tenemos que cuidar. Sólo educando y protegiendo lo que tenemos hoy podemos esperar un futuro mejor. Los niños son el nivel más vulnerable y más expuesto a los fenómenos sociales. Nuestra Obra pretende promover la infancia, no para que se convierta en el receptor pasivo de la acción misionera y de una ayuda, sino para que se prepare a ser miembro activo en la Iglesia y en la sociedad, de modo que colabore a la construcción de una nueva humanidad.

A través la Obra de la Infancia Misionera cada niño es llamado y animado a contribuir al Fondo Universal de Solidaridad. Incluso los más pobres entre los pobres pueden hacerlo y lo hacen.

Son asombrosos los ejemplos de grupos de niños de países, por nosotros definidos pobres, que deciden de renunciar a la merienda o al almuerzo, que con frecuencia es el único alimento del día, para ayudar a otros niños en dificultad.

Por este motivo urge un itinerario educativo que tenga como objetivo “ser protagonistas y constructores del propio futuro y del Reino de Dios”. Este es un desafío al cual somos llamados.

El pobre es aquel quien todavía no ha encontrado a Jesús, el único que puede satisfacer toda hambre y toda sed. Hoy en día hay múltiples formas de hambre y sed: material, cultural, humana, afectiva, espiritual.

Hay niños que carecen de todo, iniciando del amor y después de las demás necesidades elementales.

Tomar en cuenta cada hambre y sed significa preocuparse de la persona humana en su totalidad y dignidad, en cuanto creada a imagen y semejanza de Dios. Hacerlo con los niños significa crear raíces. El desafío misionero al cual estamos llamados es el mismo anunciado por Papa Francisco en EG 27: “Sueño una Iglesia con una opción misionera capaz de transformarlo todo”. ¡Del corazón a todo lo demás! Amar quiere decir contribuir a que cada país, cada persona sea autosuficiente, adulta, responsable. Amar se traduce en nuevos modelos de desarrollo y de consumo.

Todos los proyectos, las solicitudes de ayuda que la Obra de la Infancia Misionera recibe se refieren a situaciones humanas urgentes.

Recordemos, sin embargo, que para San Pablo la urgencia era el anuncio.

Los desafíos que la sociedad nos impone son la pobreza, el analfabetismo, el bajo nivel moral, cultural y espiritual.

Los mayores problemas que percibimos viendo los pedidos y los informes que recibimos se refieren a la instrucción, la lucha contra el hambre y las enfermedades endémicas, la asistencia sanitaria de los niños más vulnerables, como son los huérfanos o aquellos con discapacidad. Hay zonas en las que faltan completamente las infraestructuras y por lo tanto es indispensable construirlas para ayudar a la población y por ende también a los niños. En ausencia de escuelas, muchos estudiantes, de todas las edades, son obligados a caminar kilómetros para llegar al centro de formación más cercano. Lo mismo vale con los hospitales o los centros pediátricos.

En muchos países los niños crecen en situaciones de necesidad y de extrema pobreza, muchas veces huérfanos. Esta condición de dificultad social los conduce a vivir en la calle, convirtiéndolos en fáciles víctimas de vicios y abusos. Muchos son violentados, algunos se prostituyen y caen en las garras del alcoholismo y de la tóxico dependencia. En estos casos, la Iglesia local y los institutos religiosos, gracias también a las ayudas de la Infancia Misionera, intervienen tratando de ofrecer alternativas, para brindar, a los niños y a los adolescentes, un ambiente en donde puedan recibir afecto, amistad, asistencia,

formación cristiana. La animación misionera y la educación cristiana son un apostolado fundamental en estos lugares en donde reina la violencia y en donde los niños son privados de las necesidades básicas como el agua, la leche, las medicinas.

En países en los cuales el porcentaje de cristianos es muy bajo, por la presencia de otras religiones, como por ejemplo en Argelia, Túnez o en Irán, la presencia de la Obra de la Infancia Misionera es de promoción del encuentro, del diálogo y de la colaboración. Las necesidades de los niños son importantes y significativas siempre, independientemente del contexto cultural y religioso. Precisamente gracias a los niños y a las actividades a ellos propuestas, en estos países se trata de trabajar juntos para construir un mundo mejor a partir de las nuevas generaciones. La confianza es también fruto de la caridad sin fronteras. Enseñar a luchar contra la injusticia y las desigualdades, desde la más tierna edad, es transmitir la espiritualidad misionera del Evangelio.

La infancia y la adolescencia son, en muchos países de África, Asia y América Latina, una de las actividades pastorales más importantes. Muchos niños no tienen un contexto familiar ni educativo ni tanto menos religioso. La Obra de la Infancia Misionera favorece una educación humana y cristiana, ofreciendo un espacio de recreación y del compartir basado en los valores del Evangelio por medio de actividades de catequesis, formación, oración, visita a los pobres y a los enfermos. Los subsidios representan a menudo una ayuda para crear condiciones materiales para el apoyo de los niños e incluso de la población local. También en estas realidades los adolescentes que participan están disminuyendo, por culpa de los medios de comunicación y por el contexto conflictual en el cual a menudo viven, en donde es difícil contagiar y transmitir valores alternativos.

En lo que respecta a la realidad de los niños en Europa, América del Norte, Australia y algunos países económicamente más desarrollados, las propuestas que ofrece la Obra de la Infancia Misionera se limitan con frecuencia a realizar actividades en los períodos de Adviento, Navidad, Epifanía y en el mes de Octubre, y a la distribución de material para la animación y la recolección de fondos.

Si bien es cierto que la Obra Pontificia de la Santa Infancia pertenece principalmente a los niños y a los adolescentes, que son los verdaderos miembros, el mensaje que anuncia está dirigido a todos los que quieran colaborar. En la formación de los niños misioneros es, en efecto, muy importante el papel que desempeña la familia, los educadores y los animadores que, con su testimonio, preparación y dedicación forman a los pequeños misioneros en los valores del amor, de la solidaridad y del compartir.

Todos pueden contribuir a la misión universal de la Iglesia por medio del apoyo espiritual, material y con el testimonio de vida.

Todo cristiano, siguiendo el ejemplo de Jesús, está llamado a acoger, proteger, promover e integrar.

Estamos llamados a descubrir los dones “típicos” y esenciales de nuestro Bautismo y del Evangelio, dones que gratuitamente recibimos cada día y que estamos llamados a dar gratuitamente, aun independientemente del ser la respuesta a una emergencia humanitaria.

Los desafíos para nosotros son:

- ❖ Superar el individualismo que hoy en día está presente en nuestra vida cristiana y en aquella de nuestras comunidades, por medio de una espiritualidad fundada en el bautismo y en el amor de Dios que cotidianamente recibimos en abundancia;
- ❖ Asumir concretamente y realmente un nuevo estilo de vida, es siempre más el estilo de vida cristiano permeado de la gratuidad, del respeto, la escucha, la atención y la misericordia hacia cada hombre y mujer y hacia el creado.  
Ámense como yo los he amado no significa “dar” y “hacer” algo, sino convertirse en responsables los unos de los otros y saber responder a la pregunta de Dios a Caín: ¿Dónde está tu hermano?  
El cristiano debería ser como el centinela, vigilante, con ojos y oídos, especialmente los del corazón, siempre abiertos al universal para escrutar y discernir los signos de los tiempos y poder de este modo actuar.  
El desafío misionero se refiere a la dimensión espiritual que origina después la cooperación.
- ❖ En fin, es urgente y necesario estar informados y actualizados sobre las realidades que existen a nuestro alrededor, cercanas y lejanas, en el mundo. Discerniendo qué informaciones son verdaderas o al menos atendibles, dirigiéndose a fuentes más seguras y objetivas de las otras.

Respecto a las Delegaciones Diocesanas de Misiones, estas no pueden ser sólo “agencias operativas” sino que deberían y podrían:

- Incidir en la visión de la diócesis
- Cumplir tareas transversales en la pastoral

Las pastorales ordinarias y parroquiales a menudo se quedan en la primacía del servicio a la administración de la Gracia por medio de los sacramentos y de las celebraciones, con la sola innovación de la atención a los procesos relacionales y comunicativos. Por lo tanto, las Delegaciones Diocesanas de Misiones no son involucradas, interrogadas, invitadas, consultadas cuando las diócesis elaboran elementos de proyección misionera. No son involucradas en los temas de la evangelización y del primer anuncio, en los temas de la iniciación cristiana, de la ministerialidad y de la formación misionera de los bautizados, sino que, con frecuencia, da la impresión que amablemente serán invitadas a permanecer a un lado y a continuar con las tradicionales actividades específicas de la animación misionera ad gentes entendida como acción propia de especialistas. Es por ello necesario, hoy en día, que las Delegaciones Diocesanas de Misiones asuman tareas de pastoral ordinaria, además de las tareas de animación, sensibilización y voluntariado internacional. Deberían injertarse en la proyección diocesana y asumir la tarea ordinaria de la evangelización y de la formación misionera.

Hoy en día, tenemos necesidad y urgencia de cualificar el adjetivo misionero para una nueva descripción de la vocación cristiana, que es la misma de los discípulos misioneros: la pasión por Cristo hace al discípulo y la pasión por la gente hace al misionero. Las Delegaciones Diocesanas de Misiones deben ofrecer una visión integral de la misión, más allá de los estereotipos, deben estrechar relaciones con los otros oficios pastorales, a nivel diocesano y regional; deben ofrecer a la diócesis un proyecto de animación misionera para devolver a la Iglesia su propia naturaleza misionera, una proyección que permita llegar a la gente. Es la misionariedad que nace del bautismo.

Es necesario partir desde la Palabra de Dios. A menudo inclinamos mucho la balanza hacia la parte de los testimonios narrados dejando de lado el Evangelio. El discurso misionero puede, a veces, limitarse a la simple narración de la experiencia vivida, mientras que debería producir un verdadero cambio de

vida, ya sea en quien narra ya sea en quien escucha. Es el compartir de la experiencia de Dios que no debería dejar el corazón como era al inicio.

En el Estatuto de las Obras Misionales Pontificias leemos que “la Obra Misional Pontificia de la Santa Infancia o Infancia Misionera debe su nombre al deseo de ponerla bajo la protección de Jesús Niño. Con el convencimiento de que los niños pueden ser una fuerza espiritual y social para una verdadera transformación del mundo, intenta suscitar un movimiento de niños cristianos dedicados a ayudar a otros niños. Mantiene su genuino carácter misionero e incluye también un compromiso en la denuncia y condena de las causas de las múltiples violencias sufridas por los niños en el mundo, aportando concretas iniciativas de ayuda. Este compromiso es tanto más eficaz cuanto más estrechamente esté unido en la apertura a las Iglesias locales y en sintonía con las familias, las parroquias y las escuelas”.

Al respecto quisiera subrayar un aspecto que se refiere a la última frase del Estatuto que trata de la relación que debería darse entre la Obra de la Infancia Misionera y las familias, parroquias y escuelas. He leído en las Actas de vuestra Asamblea General del 2017 que los grupos han trabajado sobre la necesidad de hacer visible la dimensión misionera en los itinerarios de formación de niños y adolescentes” tratando de proponer sugerencias para “hacer presente el carisma de I.M. en la escuela, en la familia y en la parroquia”. Pienso que esto sea un aspecto fundamental, ya que la dimensión misionera debería interesarse en modo transversal de todas las realidades que implican la persona y por ello aprecio estas atenciones y espero vivamente que logréis realizarlas.

Quisiera terminar con el testimonio de un niño:

“Me llamo Oscar y tengo 12 (doce) años. Voy a la escuela y participo en la Infancia Misionera. Pienso que es Dios quien me ha donado la fe y me ha hecho misionero. Sé que también los pequeños pueden ser misioneros y pueden ayudar a los demás. Yo puedo abrir mi corazón a los otros como Jesús. ¿Quieren saber qué hago en la Infancia Misionera? En primer lugar rezo cada día por los niños del mundo. Rezo por el Papa y por todas las familias. Frecuentemente nos olvidamos de las personas que no podemos ver. Pero nosotros los misioneros debemos estar listos para recordar cada niño “invisible”, sobre todo el más pequeño y necesitado, sea que viva cerca o en otros continentes. Porque somos una familia, la familia de Dios. Debemos tratar de tener los ojos, los oídos y las manos abiertas para ayudar, compartir, donar y rezar.”

¡Gracias!

***Hna. Roberta Tremarelli***  
Secretario General  
Obra Pontificia de la Infancia Misionera